



FLORES Y PERLAS



Tempranito



PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE SUSCRICION
o-Véase anuncio en la 4.^a plana-o

DIRECTORA:

PUNTOS DE SUSCRICION
o-Véase anuncio en la 4.^a plana-o

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ADVERTENCIAS.

A todas las Señoras suscriptoras de Madrid que se sirvan manifestar el punto donde pasen á fijar su residencia durante el verano, se les remitirá el periódico sin aumento alguno.

SUMARIO.

La Madre, artículo tercero, por Maria del Pilar Sinués.—*La Modestia*, poesía por Rosa Martínez de la Costa.—*La buena esposa*, por Angela Grassi.—*A orillas del mar*, poesía por Graciella.—*Estudios críticos moarles*, por Natividad de Rojas.—*Así es ella*, poesía por Maria de los Dolores Landeras.—*Eufrosia*, por Matilde Bourdon.—Charada.—Anuncios.

TIPOS FEMENINOS

LA MADRE

ARTICULO TERCERO.

I.

Triste es el ejemplo que vamos á ofrecer á nuestros lectores, y sin embargo, le elegimos entre muchos, como el más elocuente y como el más propio para manifestar hasta dónde llega la influencia de la madre sobre el hijo.

Ya hemos visto la saludable que ejerció Mad. de Lamartine en el suyo; hablemos de la funesta, de la tristísima, que que Lady Byron tuvo en el carácter y en el destino del ilustre poeta que le debe la vida.

La orgullosa y severa Inglaterra se envanece y con justísima razon, de contar entre sus hijos al poeta cuyo nombre ha llenado con su gloria al mundo entero; pero si esta nacion, moral por excelencia y amante de la familia, separa sus ojos de madre de la entidad *poeta* de Lord Byron, y los fija en la entidad *hombre* del mismo, es seguro que los cerrará avergonzada.

Lady Byron estaba dotada de una hermosura encantadora y de un talento tan grande, que no podia comprenderse sin asombro, ó más bien que podian comprender muy pocas personas, pues solo la inteligencia grande es la que sabe medir y apreciar la grande inteligencia.

Lady Byron no fué dichosa en su matrimonio; á pesar de sus sobresalientes dotes de talento y de hermosura ó quizá á causa de estas mismas dotes, mal apreciadas de su marido, detestó el lazo eterno que á él le unia, y el nacimiento de su único hijo Jorge, le causó más disgusto que placer.

La muerte desató su cadena conyugal, y viuda ya, amó ó creyó amar muchas veces, engañándose siempre y mirando caer á sus piés, los ídolos que su propia imaginacion habia levantado y vestido con doradas galas.

En la perpétua tempestad de su vida, poco ó nada pensaba en su hijo, que desde su más tierna edad escandalizaba, con los arrebatos de su carácter, á los sesudos profesores y á los inocentes educandos de los colegios de nobles de Harrow y de Cambridge; si Lady Byron hubiese modelado desde entonce el carácter de su hijo con el blando cincel del amor materno, seguramente no se hubiesen desencadenado más

tarde las furiosas pasiones, que sumergieron la gigantesca naturaleza de Jorge en el abismo de todos los excesos.

Aquella madre fatal, reunia una razon débil á una imaginacion ardiente y soñadora y á un corazon árido y frio; su salvaje orgullo, le hacia negar todo cuanto no comprendia; sus creencias religiosas, débiles siempre, desaparecieron por completo cuando más falta le hacian; cuando la edad del amor habia pasado; cuando su cabeza, rehusando abrigarse bajo la santa bandera de la fé cristiana, debia quedar expuesta á todas las tempestades de la vida.

II.

Jorge Byron fué á la casa maternal, expulsado del colegio por su desarreglada conducta, hija sobre todo del abandono en que su madre le dejaba; y en vez de hallar en aquella madre una amiga tierna y previsorá, halló una mujer dura, fria, indiferente para él y que en su helado y extraño xcepticismo, se reia de las cosas más santas, y se burlaba de todo.

No se lanza á través de las selvas, el caballo que ha roto el freno con más ardor y bravura en la carrera, que el jóven Lord se lanzó en todos los excesos de la vida libertina; juzgó á todas las mujeres en su madre, y á todas las despreció, siendo para él juguetes que le divertian más ó ménos tiempo; sus poemas *Childe Harold*, *El Corsario*, *Chiam*, *La Desposada de Abidos*, *Lara* y *D. Juan*, elevaron su fama al más alto grado de la gloria; pero ¡qué vida la del poeta! viajando sin cesar para olvidar el vacío, que ni la gloria podia llenar, cansado de honores y de riquezas, consumido de hastío, Jorge Byron era el hombre más desgraciado de la tierra.

Fatigado de su deplorable existencia, quiso ver si hallaba la calma en el puerto del matrimonio, y obtuvo la mano de Mis Milblanc, jóven encantadora, que le dió pronto una hija, pero los lazos de la familia se le hicieron insoportables á poco tiempo, y huyó á Ginebra, trasladándose despues á Florencia.

Para que no existiese una desdicha que Jorge no apurase, le llegó la hora de amar verdadera y profundamente, cuando ya estaba unido á otra mujer; la condesa de G..., fué la que le inspiró el único amor de su vida, y la condesa estaba casada como él.

No es de este lugar referir los escándalos que estos amores produjeron: la condesa, cansada del carácter de Byron, agobiada con la esterilidad de aquel corazon que solo por ella latia, pero que en todo lo demás era de piedra, tuvo, por fin, el noble valor de desprenderse de tan funestos lazos, y Lord Byron, desesperado, recorrió la Grecia y se ocupó en conspirar, hasta que á los treinta y siete, murió años, de una fiebre inflamatoria, asistido y cuidado solamente por un fiel criado suyo.

III.

Tal fué, considerada á grandes rasgos, la vida de este gran poeta, de quien una madre tierna y piadosa podia haber hecho un buen ciudadano, un buen esposo, un buen padre, y sobre todo, un hombre feliz y qué fué el más desgraciado de los vivientes y uno de los hombres más bajamente viciosos.

Aquél que estudie el carácter y los escritos de Lord Byron, hallará entre unos y otros las más estrañas contradicciones; excéptico en su vida, se lamenta amargamente de no haber nacido católico; aristócrata por la cuna y el carácter, hace alarde de despreciar las preocupaciones de su clase; abomina la disipacion en sus obras, y su vida no es otra cosa que una disipacion continuada; considera el matrimonio como una calamidad insoportable, huye de él, y escribe que el matrimonio es el estado más feliz de la vida.

¡Pobre y enferma cabeza! ¡Pobre corazon extraviado y solitario en los desiertos de la vida! ¡Pobre y gigantesco pensamiento, aspirando siempre á un *más allá* que no encontraba!

¡Si una madre tierna, piadosa é inteligente le hubiera prestado el calor amoroso de su seno; si le hubiera mostrado el cielo con la palabra y el ejemplo de una virtud suave y sencilla, si le hubiera abierto en su corazon un refugio á todas las decepciones, á todos los dolores de la vida, hubiera sido feliz, aunque no hubiera sido de otro modo, que agradeciendo á Dios su propia grandeza!

IV.

El mundo, casi siempre justo, se ha encargado del castigo de Lady Byron; en vez de rodear su memoria de la aureola de gloria eterna que de justicia se debia á la madre de tan gran hombre, solo la representa cubierta con los negros velos del sombrío excepticismo y del helado orgullo.

Deploremos todas las mujeres, que aquella mujer ilustre, que aquella madre, no se haya elevado sobre su pedestal de palmas y de flores; deploremos que no adorne su frente la augusta corona del amor materno; ciñéronla, es verdad, la de la hermosura y la del talento: pero ¿qué valen éstas, si no sostienen los suaves y perfumados velos del amor maternal y de la fé cristiana?

¡Nada! Todo perece en la tierra para aquella que, habiendo dado á luz hijos, no puede esperar que se grave en su losa funeraria:

¡Aquí reposa una buena madre!

María del Pilar SINUES.

LA MODESTIA.

¡La modestia! nombre santo,
Emblema de lo más bello,
El más celeste destello
De la hermosa juventud.
No há mucho que me contaron
Una historia muy sencilla,
Más que arraiga la semilla
De tan amable virtud.

En un jardin vió una niña
Cierta dália caprichosa,
Que engreida y orgullosa
Admiraba su primor;
Más allá, vió una violeta
Su triste tallo inclinando
Que estaba así meditando
Presa de inmenso dolor.

¡Cuán solitaria mi vida
En este valle fenece!
Hasta el céfiro parece
Que no me quiere besar;
Pero la suerte no envidio
De aquella dália tan bella,
Que siempre regala ella
Con sus desdenes, pesar.

De pronto huracan bravío
Deshizo las gayas flores,
Sus bellezas, sus primores,
Todo el viento arrebató.
Y aquella dália altanera
Símbolo de la alegría,
Triste en el suelo yacía,
Pues tambien se marchitó.

Sólo la casta violeta
Por vivir oscurecida,
Tan humilde y escondida
Respetó la tempestad;
Y de este modo á la niña
La dijo con dulce calma:
¡Guarda este ejemplo en el alma

Si anhelas felicidad.»

.....
 Virtud hermosa y sencilla
 Que al mismo géneo enaltece,
 Pura violeta que mece
 La brisa del corazón;
 No te importe que el orgullo
 Alce su atrevido vuelo;
 Él, no se eleva hasta el cielo
 Que engrandece la razón.

Rosa Martínez de LACOSTA.

LA BUENA ESPOSA.

Lámpara sagrada, que puesta en el santo candelero, irradia santidad en torno suyo, dice el eclesiástico; tal es la mujer cristiana que llena con respecto á Dios, al mundo y á su familia, los dulcísimos deberes que la están encomendados. Ella, como el buen pastor, sabe atraer al redil al esposo descarriado por las malas pasiones; ella sabe glorificar á Dios en sus hijos, educándolos á su imagen y semejanza; ella consigue por último dulcificar las penas de amigos y servidores, elevando sus almas á las regiones de la luz eterna, y ennoblecen y divinizar cuanto se halla al alcance de sus manos.

«Dios, dice San Lucas, ha elegido á la mujer la parte mejor y no le será quitada.»

Madres de familia, pensad en lo sublime del lote que os reservó el Omnipotente; pensad en la grandeza inmensa de la obra que os ha sido confiada. Pensad que la dicha futura de vuestros hijos y de la sociedad, depende de la pureza de vuestras ideas y costumbres; pensad, sobre todo, que si el destino de toda criatura humana es nacer, padecer, morir, es bello galardón de un alma noble, nacer, padecer y morir por una santa causa.

Tipo de este bellissimo ideal de la mujer casada, fué Leonor, hija de Enrique II rey de Inglaterra y esposa de Alfonso VIII de Castilla.

Era, dice la imparcial historia, una princesa sumamente recomendable por su paciencia, su dulzura y por el constante amor que profesó á su marido, aun en medio de sus diversiones con la bella judía; pero mucho más digna de encomio por la aplicación con que ella se dedicó á instruir á los once hijos que tuvo.

Amábala el rey, y le amaba ella con la santa y purísima ternura que debe profesar á su esposo la mujer cristiana. Amor bendito, santificado por la piedad, que no reconoce límite ninguno tocante á la abnegación y al sacrificio.

Quiso la adversidad, ó más bien quiso Dios, que aflige á las buenas almas para ensalzarlas en el cielo, que la casualidad pusiese delante de los ojos de Alfonso á la bellissima Raquel. Quedó el monarca deslumbrado y ciego al ver su peregrina hermosura: quedó cautivo, y tan de lleno se entregó á los arrebatos de su nueva pasión, que no hizo misterio alguno de ella, complaciéndose, por el contrario, en publicarla para rendir á su ídolo un homenaje más ruidoso.

Supo sus amores la reina, pero aunque sintió su pecho traspasado por mil agudos puñales, no varió ni un solo punto en su conducta. Mostróse á su esposo triste, pero no irritada; dirigióle algunos consejos, pero ninguna reprensión.

Cuanto más crecía el extravío del rey, más aumentaba ella la severidad de sus costumbres, la digna reserva de sus maneras y el retraimiento absoluto de su vida, porque harto sabía que la mujer abandonada por su marido, está expuesta más que ninguna otra á los tiros de la maledicencia y la calumnia.

Nadie pudo sorprender en sus ojos una lágrima; nadie pudo oír de sus labios una queja: ni motejaba á su rival ni daba calor á los improperios que la dirigían los cortesanos.

No tenía ningún confidente de sus penas; y para qué lo

necesitaba? ¿No es Dios el confidente de las almas que sufren, y no guarda Él en su propio corazón las lágrimas de los mártires, dándoles en cambio tesoros de resignación y fortaleza?

Una vez Enrique, el mayor de sus hijos, departiendo con su ayo sobre cuestiones filosóficas, se atrevió á increpar la conducta de su padre. Secundóle el ayo, creyendo que con esto causaría placer á la reina; pero ésta se levantó llena de majestad y exclamó con firme acento:

—¡Silencio! Para juzgar á los padres y á los reyes está Dios: á Dios es á quien deben rendir estrecha cuenta de sus actos. A los hijos y á los vasallos leales solo les es permitido inclinar la frente y venerarlos.

No estaba tan ciego el rey, que no admirase la noble y digna conducta de su esposa.

Cuentan que un día, paseándose con Raquel por las orillas del Tajo, la judía le tuvo algun propósito injurioso acerca de la reina.

—¡Raquel! gritó Alfonso lleno de cólera y con tono tan fuerte, que pudieron oírle muy bien las personas de su séquito; sábetes que si á tí te pertenece mi amor, á mi santa esposa consagro mi respeto; sábetes, que yo el primero, quiero que todos humillen la frente ante ella, y que la más ligera ofensa que la infirieran, es para mí un mortal agravio.

Nadie ignora el trágico fin de la bella judía, que pereció asesinada por los grandes de la corte, indignados de ver al rey cautivo de sus encantos; nadie ignora el profundo dolor de Alfonso por la muerte de su amada.

Llegó á tanto, que se encerró en su aposento y no quiso ver á nadie.

Pero al cerrar la puerta á los cortesanos, olvidó que había una puertecita que conducía de su habitación á las habitaciones de la reina.

Abrióse, pues, cuando menos lo esperaba, la indiscreta puertecita, y dió paso á Leonor vestida de riguroso luto.

Sentóse á su lado y sin dirigirle ni siquiera una palabra, lloró con él y mezcló con los suyos sus suspiros.

Por la noche, Alfonso, rendido á la inmensa pesadumbre de su afán, sufrió varios desmayos y tuvo que acostarse.

Leonor no llamó á los médicos; demasiado sabía que los médicos no curan las enfermedades del alma; no llamó á los servidores; demasiado sabía también que los cuidados mercenarios no alivian al espíritu que gime.

Permaneció junto á él, atenta á sus menores movimientos, realizando con prontitud sus más leves deseos, dándole cordiales y rezando con fervor delante de un crucifijo.

Al tercer día en que el estado del enfermo era mejor, salió por la puertecita secreta, pero no volvió á entrar sola; entró con la más pequeña de sus hijas.

La niña corrió á dar un beso á su padre, y luego se mantuvo silenciosa en un rincón, como sin duda se le habría ordenado.

Al día siguiente fueron dos los niños que entraron, los dos más pequeños, y colocándose en un extremo de la estancia se divirtieron en silencio con sus infantiles juegos.

Alfonso, al principio, no fijó en ellos su atención; pero poco á poco llegó hasta su alma el eco del inocente diálogo que sostenían en voz baja, y su corazón se abrió repentinamente á los dulces afectos de familia.

—Perdon, ¡noble madre de mis hijos! dijo el rey dirigiéndose á Leonor y tendiendo hácia ella sus manos suplicantes.

—¿Perdon?—murmuró la reina con dulzura. ¡Nada tengo que perdonar! ¡Yo no me acuerdo del pasado; yo solo sé que estás enfermo y sufres y necesitas cuidados y consuelos.

—¡Que vengan mis hijos! ¡que vengan todos mis hijos! exclamó Alfonso con los ojos inundados de lágrimas.

Leonor corrió á buscarlos, y volvió á presentarse delante de su esposo rodeada de todas aquellas flores escogidas del jardín de sus virtudes.

Alfonso los abrazó, los besó, y poniendo la mano sobre la

cabeza de Enrique, que era el primogénito y debía sucederle en el trono, le dijo con acento conmovido:

—¡Plegue á Dios darte una santa esposa, como te dió una santa madre!

¡Arrodillaos delante de ella, hijos míos, como yo la bendigo desde el fondo de mi alma!

¿Cabe triunfo más hermoso que este? ¿Podrá la mujer ambicionar otros lauros que sean comparables á estos divinos lauros? ¡Oh, cuál debió ser el sublime regocijo de Leonor en aquel supremo instante! ¡Cómo batirían sus palmas, cantando *Hossana*, los ángeles del cielo!

Aquella mujer prudente, que se habia forjado una corona con las flores de sus tribulaciones, murió como vivió, amada, respetada y bendecida, ó por mejor decir, no murió, que continuó viviendo en sus hijas, Berenguela y Blanca, que perpetuaron sus virtudes é inmortalizaron su nombre; aquella, casada con D. Alfonso, rey de Leon, y esta, esposa de Luis VIII rey de Francia. La primera madre de San Fernando, y la segunda de San Luis. Ambas de espíritu muy superior á su época y á su sexo, ambas gobernadoras durante la menor edad de sus hijos, ambas dedicadas á educarlos en la más severa virtud, á ejemplo de su madre, y ambas tuvieron la dicha de dar al Estado un rey y á la Iglesia un santo.

¡Oh, cuán bien pueden aplicarse á Leonor aquellas palabras del *Cántico de los cánticos*.

«Levantaos, muy amada de Dios, vos, tan bella á sus ojos. Ha pasado el invierno, la campiña está cubierta de flores y ha llegado el tiempo de la siega. Ved los bienes del Señor en la tierra de los vivos.»

¡Mujeres casadas, procurad que estas dulcísimas palabras resuenen también sobre vuestra tumba!

Angela GRASSI.

¡¡¡ Á ORILLAS DEL MAR!!!

RECITADO.

Ya el sol oculta
Su viva lumbre,
El mundo en calma
Parece estar;
Y allá á lo lejos
Tras alta cumbre
La luz del día
Muriendo vá.

Ha muerto el día
Con sus albores,
En paz reposa
La creación;
Su broche cierran
Las bellas flores
Y cubre el cielo
Negro crespon.

Desierta está la selva,
Desierta la montaña,
Y reina por doquiera
Silencio aterrador;
Cerrado está el castillo,
Cerrada la cabaña,
Y sola la barquilla
Del pobre pescador.

En blando lecho
La castellana,
Duerme soñando
Con su galán;
Mientras el valle
Una villana,
Recorre presa
De horrible afán.

Baja á la playa
Donde rugiente
Sus verdes alas
Estrella el mar;
Mientras eleva
Su voz potente
En los espacios
La tempestad.

Levanta al cielo
Con fé sincera
Dulce plegaria,
Triste oracion;
Y más tranquila
Al hombre espera,
Por quien palpita
Su corazón.

Cuando un relámpago
Rasgando el velo
Que cubre el valle
De oscuridad,
El azul muestra
Del ancho cielo
Y el mar inunda
De claridad.

¡Un grito exala de dolor llena,
grito que indica la inmensa pena
que torturando
su pecho está!

Junto á la playa cae de hinojos,
en el mar fijos sus negros ojos,
y toda su alma
tras ellos vá.

¿Por qué así sufre la niña hermosa
y de su rostro de nieve y rosa
en un instante
huye el color?

¡Porque contempla junto á la orilla
los pobres restos de la barquilla
en que su amante
feliz partió!

¡Ya más no vuelve su bien amado!
¡el mar le presta sepulcro helado!
tal pensamiento
le causa horror.

Risa extridente lanza su boca...
¡la pobre niña se ha vuelto loca
por el exceso
de su dolor!

GRACIELLA.

ESTUDIOS CRITICOS MORALES

NIÑO, HOMBRE, MARIDO, PADRE

En uno de los lindos pueblecitos, que forman un poblado y delicioso círculo á la hermosa, rica y florida Valencia, habia dos bonitas casas con sus bellos jardines. Eran habitadas por dos familias de bastante buena posicion: ambas familias, se componian de un matrimonio, un hijo y una hija. Como vecinos que eran se trataban con alguna intimidad y franqueza.

El matrimonio Torreal, pertenecia á la clase media y mediana era su posicion social; pero ambicionando al parecer elevados destinos temian rebajarse si dedicaban á su hijitos á ciertos estudios, y si no los dejaban en libertad de satisfacer sus caprichos... los niños, se aprovechaban de la debilidad de carácter de sus mal aconsejados padres, y se entregaban á sus juegos, que por la mala ley de ellos, solian proporcionar á padres y á hijos muchos sinsabores.

El otro matrimonio, los nobles señores de Giral, no temiéndolo rebajar su distinguido nacimiento, aspiraban, á que sus hijos fuesen en el porvenir, tanto por su educacion, como por sus costumbres, dignos de ostentar su elevada cuna.

Es preciso, decian, que la niña aprenda desde pequeña á ser obediente, dócil, sumisa, que se vaya acostumbrando á los quehaceres domésticos; así sabrá mandarlos y enseñarlos si tiene buena fortuna, ó hacerlo, si esta le fuese adversa. El niño... ese es necesario acostumbrarlo desde los primeros años á ser estudioso. El amor al estudio se adquiere con facilidad, y despues son agradables las horas que se le consagran...—No es esa mi opinion, decia con frecuencia el señor Torreal á su vecino, el señor Giral: cuando son pequeños, es una necesidad dejarlos que se desarrollen; que jueguen, que estén contentos... ¡Tiempo sobra despues para hacerlos trabajar, y que se instruyan!... ¡Si ahora, porque se les dedicas á aprender algo, hubiese que reprenderlos, llorarían y tal vez se resentiría la salud; además, unos niños que tienen buen porvenir, no deben aprender ni ejecutar lo que es propio de criados...—Vive V. en un error, replicaba el Sr. Giral... esas cosas no rebajan... además, el árbol, es preciso que se forme derecho desde pequeño... luego... luego está duro, y se troncharía al querer enderezarlo...

Torreal seguía en su idea, y Giral se compadecía de la suerte que les esperaba en su vejez... ¡Padres ilusos... qué mal entendeis el cariño!... ¡qué necia vanidad!...

El niño Julian Torreal, buscaba constantemente á su vecinito Cándido Giral, citándolo... bien, para jugar en su jardín, bien para pasear por los frondosos sitios que rodeaban el pueblecito: Cándido miraba con bastante indiferencia á su infantil compañero, porque sus instintos le eran repugnantes.

Julian se divertía cuando arrancaba las preciosas flores y las deshojaba; Cándido, no solo no las cortaba, sino que las ponía derechas y bien acomodadas cuando podían estropearse... Julian cogía las bellas mariposas, y se entretenía en arrancarles las alas... á Cándido le entusiasmaba contemplar sus mil variados colores y la ligereza de su vuelo; Julian se gozaba en aplastar y destruir con sus piés las líneas que formaban las inteligentes y trabajadoras hormigas. Cándido, por el contrario, se entretenía viéndolas conducir su pequeña carga, y bendecía la mano divina que las creó; Julian se reía mucho, cuando al tirar una piedra á un niño ó á un perro, les oía llorar y quejarse del daño recibido... Cándido, iba enseñando á consolar á la criatura y á vendar la parte lastimada del animal... Julian enloquecía de placer, con la caída del anciano, ó viendo á un *contrahecho* ó un cojo, de los cuales se burlaba con el mayor cinismo... Cándido ayudaba á levantarse al pobre caído, y se compadecía de los otros desgraciados pidiendo á Dios le librara de igual fatalidad... Julian era insolente con los mayores, y no tenía un pensamiento... una acción que no fuera depravada... ¡Cómo era posible ni la afecion, ni la amistad, ni la más pequeña simpatía, entre dos seres tan distintos!.. Julian, un niño de malísimo corazón: Cándido era todo bondad, todo dulzura... todo caridad... Cándido, siempre que podía eludir las invitaciones de su vecinito lo hacia, y al dar cuenta á sus dignísimos padres del por qué se alejaba del despreciable niño... estos aprobaban su proceder.

Tal era la diferencia de los dos niños, desde los ocho años hasta los catorce: Cándido á esa edad era *bachiller*, y empezaba los estudios para oficial de una carrera facultativa militar, pues amaba con pasión la milicia... Julian á los catorce años, escribía mal: ignoraba la ortografía... la gramática, etc.; le repugnaba el estudio, no ocupándose tampoco de las cuestiones religiosas, cuya práctica tenía en completo olvido... Los padres solían reprenderle tanto abandono... tanta pereza... Entonces, Julian se ponía fosco, rompía la gorra que tenía entre las manos, y lloraba de rabia: esto

cuando era más pequeño; cuando mayor, tarareaba, silbaba y si alguna persona de respeto, como sucedía con Giral, le daba un buen consejo, decía con el mayor descaro... ¿A V. qué le importa que yo estudie ó no?... Más fortuna tienen los que saben poco y más adulados se ven cuando son hombres, porque como nadie los envidia los tratan mejor que á los sabios... (aunque en esto no le faltaba razón) no lo era no aprender nada.

Las acciones de Julian, seguían siendo tan punibles como cuando era niño... desde tan corta edad, fumaba... jugaba... leía los folletines... las malas novelas... gustaba de espectáculos sangrientos como los toros, los dramas en que sobresalían los asesinatos... los adulterios, etc. ¿Y sus padres?... Sus débiles padres empezaban á arrepentirse de su debilidad, cuando el mal era casi irremediable... Seguía creciendo y formándose Julian, siempre acompañado de sus grandes defectos, de sus malos instintos.—Es preciso que estudies, hijo mio, le decían sus desgraciados padres... tú dirás la carrera que deseas seguir.—Seré militar como Cándido, respondía: al momento le buscaban profesores, los cuales decían á las pocas semanas...

—Señor de Torreal, su hijo de V. no viene á clase, en cambio, lo ven en los paseos y en los sitios públicos, como en los cafés, etc. Torreal desesperado, reprendía al hijo, que se mostraba furioso y amenazaba con suicidarse. (Ya saben nuestros lectores, también ahora se ha hecho moda) así como habrán visto que jamás se tuvo en cuenta en la educacion de Julian, las ideas religiosas y morales.

Los arrepentidos padres lloraban su desacierto, y temerosos de la espantosa determinacion de aquel miserable y malvado hijo, le dejaban... Como si un ser tan indigno y de tales condiciones desapareciese de la tierra...

Cuando Julian tuvo la edad correspondiente para entrar en quintas, le tocó la suerte de soldado, pero sus débiles padres le redimieron, pues entonces aun no se conocían los consejos á las *tiernas madres y dulces esposas*, ni el rigor del consejero, obligando á tomar las armas á los *casados y á los ancianos*...

Julian, ya hombre, y con necesidad de dinero para satisfacer sus vicios, que eran muchos, pedía á sus padres, cuya fortuna iba desapareciendo á causa de los gastos del hijo, y del lujo y los deseos de grandeza de la hija... Se lamentaban estos infelices padres, pero era tarde... los hijos eran tan despreciables como ellos habían sido débiles... sus despreciables hijos les dirigían muchas veces frases inauditas.

Llegó un día, en que Julian, deseoso de tener dinero, (pues sus padres ya arruinados no podían dárselo), se alistó en un batallón de francos; vicioso é intrigante tuvo pronto la suerte que en España tienen muchas veces los que nada valen... cierto que no medraba, ni por su valor, ni por su pericia militar, pero en cambio, acompañaba en sus vicios á muchos de sus jefes, los cuales, agradecidos, lo adelantaban en su carrera: despues de conspiracion... en pronunciamientos... en ingratitud, fué marchando, hasta lograr elevarse (se entiende, en posicion), pues lo que ganaba subiendo en su carrera, bajaba en prestigio... en estimacion, siendo criticado horriblemente de los buenos y aborrecido (sin duda por envidia) de los que eran como él...

Los padres lloraban avergonzados de tal hijo, pero Julian se cuidaba poco ó nada de ellos, y casi se avergonzaba (al verse tan alto) de que sus padres perteneciesen á la clase media...

¿Y Cándido?... Cándido era el orgullo de sus dignísimos padres... oficial de Estado mayor, entregaba á su virtuosa madre el sueldo, sin quedarse con más cantidad que la más precisa para no hacer un papel ridículo en la sociedad, la cual le acogía con la mayor ternura, así como á su interesante hermana, conjunto de todas las perfecciones de alma y de

carácter; acostumbrada desde niña á los quehaces propios de su sexo, era el descanso de su digna madre, que se entusiasmaba al oír los justos elogios que la sociedad tributaba á su amada hija. Dichosos padres... recojian el fruto de la buena semilla que habian sembrado... no equivalia la pequeña violencia que tuvieron que hacer cuando reprendian alguna cosa á sus inocentes niños, el placer de contemplarlos, siendo el orgullo de su avanzada edad.

Cuando Cándido tuvo un grado de alguna consideracion, unió su suerte á una señorita amiga de su hermana, cuya jóven poseia iguales condiciones: los padres de ésta, se regocijaban de ver á su amada hija unida á un oficial tan pundonoroso y valiente, tan buen militar, como digno caballero...

Cándido, á imitacion de sus venerados padres (de quienes jamás se separó), se consagraba al cumplimiento de sus deberes y al amor y cuidados de su mujer y sus hijos... ¿Y Julian?... buscó una mujer rica, de gran posicion..., lanzada á la sociedad. era amiga de su hermana, y como ella, consagrada al lujo, á las diversiones... Julian no llevó gran dosis de amor, y sí de interés, por lo cual se cansó pronto de su esposa y se dedicó á otras; la mujer, miraba con desvío su indiferencia, pues así se quedaba ella en más libertad... ¿Y los hijos?... Eran confiados á personas extrañas, que no querian incomodarlos por temor de ser despedidos... ¡Qué educacion, qué casa, qué abandono!... Julian seguia progresando en su ambicion, no importándole ningun medio para llegar al fin... desgraciadamente muy olvidados en nuestro país (hablo en general) los fueros del honor, pasaba sobre ellos para elevarse y colocase en cualquier parte, en donde le tenia cuenta...

Creció en él la pasion del juego, y entonces, ¡oh! entonces, el espantoso cáncer acompañado del que devoraba á su mujer por el lujo y las diversiones, concluyó con aquella fortuna que parecia interminable. Empezó por retirarse del servicio de las armas y abandonar su posicion oficial; de tropiezo en tropiezo, de caida en caida, llegó á quedarse hasta sin cama en que dormir... ¿y la mujer? esa, desconocedora hasta de los rudimentos más vulgares, vivia en la inaccion, despues en la miseria... en el abandono más grande, pues no sabia ni siquiera peinarse... en fin, en la degradacion más completa, dejando que sus hijos cometieran hasta acciones vergonzosas para conseguir ó tomar un pedazo de pan.

En Julian, el olvido y la degradacion estaban tan arraigadas en su alma, que se ofendia de que sus hijos no le imitasen.

Llegó la vejez prematura: aquella familia era mirada hasta con horror, y la sociedad en masa le cerraba las puertas... las puertas de la vida, pues las de la eternidad... aquellas que eran el término glorioso... el fin que se encontraba al terminar el camino de espinas y abrojos.. el camino del bien, esas... ¡ay! esas no se podian abrir para ellos... Solo le estaban completamente abiertas aquellas que son el término del camino sembrado de flores... de alhagos... de vicios... de malas pasiones... de actos reprobados... ¡del camino del mal!..

Cándido, despues de terminar los años que marca la ordenanza, y habiendo llegado casi al final de su distinguida y honrosa carrera, se retiró á gozar de los encantos que puede obtener la virtud en este valle de lágrimas, y que el Sér supremo en sus altos y caritativos juicios ha consentido que muchas veces sean enjugadas durante largas horas por la felicidad suprema: tal era de la que gozaba Cándido viendo sonreír á sus ancianos y bondadosos padres de las gracias de sus hijos contemplando entretenidos á los mayores, en el cumplimiento de sus deberes como empleados; á los menores estudiándose la leccion los unos á los otros, y á los pequeñitos excitando la hilaridad de sus abuelitos con sus graciosos dichos.

¡Bendicion para los padres... para los hijos... para los nietos, que, al seguir las mismas huellas, encontrarán abiertas todas las puertas de la amistad, del aprecio... de la gloria reservada á los que, no temiendo las espinas... los abrojos del camino que conduce al bien, han marchado constantemente por él, arrostrando sus sinsabores en la esperanza del premio eterno...! ¡loor á los padres que sufren, ántes que ser débiles...! ¡execracion á los malos y holgazanes hijos, que son primero, el dogal doloroso de sus padres, y el ejemplo indigno de sus hijos!

Reflexione el niño... el hombre... el marido... el padre... siempre es tiempo para el que de veras desea abandonar el mal camino; para emprender su marcha por el que conduce al bien, no sólo de la eternidad, sino del tiempo, en el cual, es el hombre honrado, objeto del amor de sus semejantes.

Natividad de ROJAS.

ASÍ ES ELLA.

Rojo puñal blandiendo vá en su mano
Cual rayo que fulmina en noche oscura,
Y el fuego del averno en su figura
Irradia al asestar golpe inhumano.

Hidra del mal, en su egoismo insano
Sólo engendra dolor y desventura,
Hiriendo con cruel desenvoltura
Á quien le colma de favor en vano.

Ni se puede pintar ni aún concebirse
Mónstruo tan vil que olvida y escarnece
Del bien el proceder santo y loable;

Sólo con fango deberia escribirse
En la frente del ser que no agradece
La *Ingratitud* rastrera y execrable.

Maria de los Dolores LANDERAS.

EUFRASIA

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER
escrita en francés por Matilde Bourdon,

Y TRADUCIDA

por MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO

PRIMERA PARTE

(Continuacion.)

—Preciso será aceptar, dijo la pobre mujer sollozando, pero yo queria más los dedos de mi hijo, que todo el dinero que pudieran darme, ¡Ah! más valiera no nacer, que nacer pobre!

Cuando Santiago supo que su hijo estaba herido, juró, se encolerizó, y pasó en la taberna el resto de la semana.

En algunas transacciones de trabajador á dueño, se encuentra un recuerdo de las leyes que regian á los galos y á los francos: la sangre vertida, se paga con dinero: se evalúa en cifras exactas el perjuicio que ocasiona el mal físico: las dos partes se entienden amigablemente, y la mayor parte del tiempo, sin el concurso de los tribunales, se aplaca con algunas monedas el dolor y hasta la pérdida de un miembro mutilado y sangriento.

El fabricante, dueño del trabajo del pobre Juanito, pagó generosamente: hizo llamar al padre del herido, y le entregó un paquete de monedas de plata: más al dárselas, le dijo con tono sério y casi severo:

—Yo siento con toda mi alma lo sucedido, y vos sabeis, que ha sido bien á pesar mío, y solo por ceder á vuestras instancias, por lo que he empleado en la cardería á un muchacho tan pequeño y débil: tratad de conservar y de hacer producir

este dinero, que tan caro cuesta á vuestro hijo; ¡sed para él un buen tutor, y un buen padre para ese pobre sér que os ha dado todo lo que podia! Pensad bien en esto, Senechal.

Santiago bajó la cabeza, y despues de algunas palabras de agradecimiento, gruñidas más bien que pronunciadas, volvió á su casa sin detenerse en la taberna, y dió á su mujer la suma á tanta costa adquirida.

Arsenia le ocultó enseguida á la cabecera de su lecho, no pudiendo presumir que tuviera mejor colocacion; ni más útil empleo que estar guardado.

Mr. Belfons, no habia querido añadir ningun otro consejo á la suma: el desgraciado antagonismo que existe entre los dueños de las fábricas y los obreros, contiene sin cesar los testimonios de mútuo interés: el dueño vacila y observa: el trabajador desconfia; y este conjunto de luz y de fuerza, que unido, levantaria al mundo, es impotente para el bien general.

El dinero fué ocultado cuidadosamente y durante algun tiempo, no se pensó más en él.

Juanito dulcemente tratado en el hospital, se restablecia poco á poco: las buenas hermanas de la caridad, le animaban: el cirujano, que habia admirado su energia, mientras que el bisturí trabajaba la carne destrozada de su mano izquierda, le atendia con esmero, y jamás el pobre obrerito se habia visto más dichoso que durante aquel tiempo de calamidad.

Sus mejillas se habian puesto de color de rosa, y habia engruesado. Una de las hermanas, le enseñaba á leer, y pagaba con un pastel cada alfabeto bien dicho: el niño se hallaba muy bien en aquella triste morada, tenia miedo de dejarla, y no recordaba sin secreto y profundo terror la morada paternal, sombría y sucia, donde el silencio, el mal humor y la tristeza, eran solo reemplazados por las lágrimas y los gritos de la cólera.

A cada visita que le hacia su madre, repetia que se hallaba muy contento, y enumeraba con los ojos animados y alegres, los golpecitos en la mejilla que le daba el doctor, las dulces palabras de las religiosas, y terminaba diciendo:

—¡Qué bien se está aquí, mamá!

Estas noticias, que Arsenia llevaba á su casa, parecieron hacer sobre Santiago una viva impresion: recobró su aplomo, y con él, el camino de la taberna: tenia lugar por entonces, una de esas fiestas populares demasiado frecuentes para las buenas costumbres de los obreros: Santiago la celebró y Arsenia se apercibió de que faltaban algunos escudos al rollo que contenia el porvenir de su hijo: quejóse con vehemencia á su suegra, y solo hacia algunos instantes que daba rienda suelta á su cólera, cuando entró su marido.

—¿De qué hablas? preguntó dirigiéndose á ella con tono amenazante: desde abajo te se oye chillar.

—¿Qué importa que me oigan? gritó Arsenia fuera de sí; ¡he de contar á todo el mundo que tienes la infamia de robar el dinero de nuestro pobre hijo!

—¿Te callas? rugió Santiago: yo soy amo en mi casa, y mando en tí, en mis hijos y en todo lo que haya: ¿lo entiendes? y la prueba es que vengo á buscar el dinero, y que haré de él el uso que me plazca: ¡déjame pasar!

—No, Santiago, exclamó la pobre madre impidiéndole el paso: no, tú no harás eso; ¡porque hacerlo seria un crimen! ¡qué, te irás á gastar en la taberna, esa pobre suma, precio de la sangre de nuestro hijo, y su solo porvenir! ¡no, no lo harás! ¡yo lo impediré! iré á casa del comisario, á casa del procurador del rey; ¡yo hallaré justicia si la hay en la tierra!

Santiago la cortó la palabra asiéndola por el cuello: arrojóla á tierra, y la dió de puntapiés con un furor salvaje: la abuela, á costa de un esfuerzo supremo, alzó su brazo paralizado y exclamó:

—¡Detente, Santiago! ¡vas á matarla!

—Yo no os acuso á vos, repuso Santiago, con que dejád-

me! ¡vos sois mi madre, pero ella tiene que saber que yo soy su dueño!

Arsenia aterrorizada guardó el silencio y la inmovilidad de la muerte: pero cuando le vió salir de la habitacion vecina llevando en la mano el rollito de monedas, tan cuidadosamente conservado, no pudo dominar su cólera y su dolor, enderezóse y le gritó:

—¡Ladron! ¡mal padre!

Santiago volvió sobre sus pasos: descargó sobre su mujer algunos golpes formidables: la tiró contra el suelo cubierta de sangre, y empujando sobre ella á Eufrasia, que volvia de la calle, y que queria defender á su madre, se dirigió de nuevo á la puerta.

—¡Desgraciado! le gritó su madre: no vayas á beber la sangre de tu hijo!

—Es mio el dinero: porque yo soy el amo, repuso él precipitándose hácia la escalera, y dejando mudas de horror á las tres espantadas mujeres.

La taberna se enriqueció con aquel mísero despojo, y en algunos dias de orgia, el dinero que debia crear un porvenir para el pobre niño mutilado, se gastó por su bárbaro y desnaturalizado padre.

V.

El invierno que siguió á estas tristes escenas, fué largo y riguroso: el trabajo no abundaba, y los comestibles estaban muy caros: la familia Senechal, sintió más que otras las angustias públicas: los momentos de crisis que son de escasez ó de dificultad para algunos, son para otros la señal infalible del frío y del hambre: Santiago que tenia mala reputacion se vió con frecuencia sin trabajo: el pequeño Juan no podia ya ganar nada, y la abuela abrumada por el invierno y por las duras privaciones, se habia puesto gravemente enferma.

Todo le faltaba á la pobre anciana, y sin embargo, no se quejaba jamás: sufría y se debilitaba visiblemente; su hijo y su nuera no se inquietaban nada: pero Eufrasia se preocupaba por todos, de aquel ser que tan tierna y sinceramente la amaba: veía y adivinaba los sufrimientos de la pobre mujer, y probaba en vano á darles algun remedio: nada tenia, ni aun fuego para calentar las tisanas que llevaba alguna compasiva vecina, ni aun los más miserables remedios, ni los auxilios más pequeños: una sola vez ha venido el médico de los pobres dejando una receta que á pesar de haberse ejecutado, no ha producido efecto alguno: despues de examinar á la enferma habia hecho un gesto significativo, y habia dicho:

—Es preciso ir al hospital, buena mujer.

—No, caballero, respondió Aldegonda, quiero morir aquí.

La abuela pensaba en Eufrasia, y á su vez Eufrasia no pensaba más que en ella: temiendo perderla, habia sentido redoblar la ternura instintiva que sentia por su abuela, por el solo sér que la habia amado, guiado y defendido.

(Se continuará.)

CHARADA.

Mi primera es un diptongo,
Nota musical la dos,
La tres se hace del esparto
Y el todo lo tengo yo.

Eulalia GONZALEZ.

La solucion en el próximo número.

Solucion á la charada del número anterior

GABINO.

Nos han remitido la solucion las Stas. D.^a Dolores y D.^a Ceferina Sebastian y D.^a Carmen Fernandez.

Imprenta de Campuzano hermanos, Ave María, 17.

